nada, su patria, por servir como mercenario en las tropas del Ecuador. Era uno de esos extraños hipócritas, á quienes hoy se vé en la iglesia, orando al parecer con la piedad de un angel, y al dia siguiente, blandiendo un puñal. Despues de haberle confiado importantes encargos en el Napo, Garcia Moreno lo habia destituido vergonzosamente por sus malversaciones. Habiéndose dedicado al oficio de guarnicionero para ganar su vida, en lugar de acusarse á si propio por su caida, solo pensó en vengarse del presidente. Tales eran los instrumentos escogidos por la secta para ejecutar su horrible designio.

Los conciliábulos nocturnos de estos jóvenes parecieron muy sospechosos al pueblo y al mismo Garcia Moreno; pero la súbita llegada de otro personage, originario de Guatemala, y venido del Perú, pareció mas extraña todavia. Este hombre, llamado Cortés, se introdujo en Quito con apariencias de pobreza; tomó luego otro semblante, y causó general asombro verle frecuentar asiduamente los salones del ministro peruano. Unido con lazos de amistad á los habituales concurrentes á la embajada, pasaba su tiempo en entonar himnos á la libertad y en declamar contra los déspotas. Un dia llevó tan allá sus violencias é insolentes propósitos, que Garcia Moreno le intimó la orden de abandonar inmediatamentente el territorio de la república. Se sospechó, no sin fundamento, que este enviado del Perú, tenia el encargo de repartir los papeles á los principales actores del drama. No por eso dejaron estos de continuar sus secretas correspondencias con los de Lima. Para preservarlas de las pesquisas de la policia, habian recurrido á los mas audaces subterfugios. El ayudante de Garcia Moreno le presentó un dia ciertas cartas depositadas en su bufete para recibir

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

la estampilla del gobierno. Sospechando un fraude, el presidente rompe el sobre y encuentra la direccion y señas de Urbina. Era una comunicacion de los revolucionarios á su gefe del Perú. Monseñor Vanutelli, delegado apostólico, se encontraba en Guayaquil por el mes de julio de 1875, dispuesto á embarcarse para Europa. Habiendo abierto un paquete de cartas expedidas de Lima á su nombre, leyó bajo un segundo sobre el nombre del abogado Polanco, á quien no conocia, y al cual, por conducto de un jesuita, envió las cartas que probablemente contenian las postreras instruciones de las lógias.

No podia ya desconocerse la proximidad del peligro, y se aconsejaba al presidente que se pusiese en guardia contra los asesinos. Un prelado amigo suyo, hallándose de paso en Quito, le dijo en visita particular : — « Es público y notorio que la secta ha condenado á V., y que los sicarios aguzan sus puñales : tome V., pues, algunas precauciones para salvar la vida. — Y que precauciones quiere V. que tome? — Rodéese V. de una buena escolta. — ¿Y quien me librará de esa escolta á la que se podrá corromper? Yo prefiero confiarme á la guarda de Dios. » — Y añadió estas palabras del salmista : *Nisi Dominus custodierit civitatem, frustra vigilat qui custodit eam.*

En tan lúgubres circunstancias es cuando escribió su última carta al Sumo Pontifice, carta, cuya cada línea, respira la piedad de un santo y el valor de un martir. « Quito Julio 17 de 1875 — Santísimo Padre. — Hace algun tiempo que he deseado vivamente volver á escribir á Vuestra Santidad; pero me ha impedido el hacerlo el temor de quitarle su tiempo, demasiado precioso y necesario para el gobierno del Orbe católico. Sin embargo, hoy tengo que sobreponerme á este temor para implorar Vuestra apostólica

bendicion, por haber sido reelecto, sin merecerlo ni solicitarlo, para gobernar esta República católica por seis años mas. Aunque el nuevo periodo no principia sino el 30 de Agosto, y no podré, hasta que preste en ese dia el juramento constitucional, dar aviso oficial á Vuestra Santidad de mi reeleccion, me anticipo hoy á comunicárselo á Vuestra Santidad para obtener del cielo las fuerzas y luces que necesito mas que ninguno para ser fiel á nuestro Redentor y leal y obediente á su Vicario infalible. Ahora que las lógias de los paises vecinos, instigadas por las de Alemania, vomitan contra mi toda especie de injurias atroces y de calumnias horribles, procurando sigilosamente los medios de asesinarme, necesito mas que nunca de la proteccion Divina para vivir y morir en defensa de nuestra religion santa, y de esta pequeña República que Dios ha querido que siga yo gobernando. ¡Que fortuna para mi, Santísimo Padre, la de ser aborrecido y calumniado por causa de Nuestro Divino Redentor; y que felicidad tan inmensa seria para mi, si vuestra bendicion me alcanzara del cielo el derramar mi sangre por el que, siendo Dios, quiso derramar la suya en la Cruz por nosotros!

» Aprovecho de esta ocasion para pedir á Vuestra Santidad dos gracias importantes : la primera consiste en que Vuestra Santidad se digne ordenar al Eminentísimo Cardenal Franchi, protector de la Congregacion de las Hermanas de S. José de la Aparicion, cuya superiora general Sor Emilia Julien reside en Marsella, autorice la venida á Quito y á costa del gobierno del Ecuador, de diez de dichas Hermanas, á fin de que se encarguen del cuidado y direccion del Hospicio de pobres y del Hospital de elefanciacos de esta capital : la segunda se reduce á obtener de Vuestra bondad paternal que las reliquias

BIBLIOTECA CENTRAL U. A. N. L.

del Beato Pedro Claver, hoy abandonadas, por no decir despreciadas, en Cartajena de Colombia, sean conducidas al Colegio de Jesuitas de Quito, siendo de cuenta del gobierno del Ecuador los gastos de la traslacion que de ellas se hagan con la pompa y veneracion debidas. Vuestra Santidad beatificó á este ilustre Apóstol de la caridad católica; y creo no consentirá en que sus venerandas reliquias continuen en un lugar donde nadie manifiesta aprecío ni respeto por ellas. El Ecuador, débil y pobre como es, no busca ni desea otra proteccion que la de Dios; y por eso quiere tener un nuevo abogado en el cielo.

« No puedo menos de manifestar á Vuestra Santidad el pesar que nos ha causado la partida de vuestro digno y virtuosísimo delegado el Ilustrisimo Señor Arzobispo D. Serafin Vanutelli; pero nos consolamos con la esperanza de que Vuestra Santidad se dignará enviarnos á otro que sea capaz de reemplazarlo.

« Postrándome á los piés de Vuestra Santidad, imploro nuevamente vuestra apostólica bendicion para esta república católica, para mi familia y para vuestro muy humilde, obediente y amante hijo. »

Jamás cristiano alguno de los primeros siglos, á vueltas con los verdugos, expresó mas hermosos sentimientos que los de Garcia Moreno en los primeros párrafos de esta carta.

Lleno el corazon de tan fortificantes pensamientos, se puso á redactar tranquilamente el Mensage que debia leer á la apertura del congreso el diez de Agosto. A cada instante llegábanle los mas solemnes y graves avisos que le distraian de este trabajo; pero enseguida tornaba á él con la mayor calma. El 26 de Julio, fiesta de Santa Ana, y dias de su esposa, entre las cartas de felicitacion dirigidas á esta, hubo una en

que se le recomendaba que velase mucho por su marido, pues próximamente los sicarios llevarian á cabo sus amenazas. Con este motívo muchos amigos suyos le repitieron que si no tomaba mas precauciones, el dia ménos pensado caeria bajo el hierro de un asesino. « Y bien, les contestó sonriendo alegremente, ¿que anhela un peregrino sino llegar cuanto antes al término de la jornada? ¿Porqué suspira un navegante sino por saludar presto las riberas de la patria? No me guardaré, no : en manos de Dios tengo puesta mi suerte. Él me sacará del mundo como y cuando le plazca [1]. »

El 2 de Agosto un religioso le escribió de Latacunga que la conspiracion urdida contra él por los francmasones, estallaria dentro de breves dias y que habia oido pronunciar el nombre de un tal Rayo entre las conjurados. « ¡Rayo! exclamó Garcia Moreno : es una infame calumnia! Le he visto comulgar hace pocos dias : un buen cristiano no es un asesino! » Este hombre habia sabido ocultar su resentimiento, y el presidente desconfiaba tan poco de él, que proponiéndose montar á caballo con su hijo el 18 de Agosto, fiesta de la independencia, habia encargado á Rayo que hiciese una silla para el niño Gabriel.

El 4 de Agosto escribió su postrera carta á su amigo Juan Aguirre, que desde el colegio era su íntimo camarada. Pocos meses antes, al partir para Europa, Aguirre habia ido á despedirse : despues de una larga visita en que se mostró muy expansivo, Garcia Moreno acompañó á su amigo hasta la puerta y le dijo entrechándolo contra su corazon. « Ya no nos volveremos á ver; lo presiento : este es nuestro

[1] *La República del Sagrado Corazon*, nº IX, 62.

postrer adios! » Y volviendo el rostro para enjugar sus lágrimas, le dijo otra vez : « Adios! ya no nos volveremos á ver! » El 4 de Agosto despues de haberle recordado estos presentimientos, añadia : « Voy á ser asesinado. Soy dichoso de morir por la Santa fé. Nos veremos en el cielo. »

El 5 de Agosto hablábase en el Consejo de Estado del complot, que era objeto de todas las conversaciones. D. Vicente Piedrahita le habia escrito de Lima que en aquella ciudad se consideraba como cosa corriente que iba á ser asesinado. El gefe de policia seguia en Quito la pista de los principales conjurados y de sus cómplices, y como ninguna medida se tomaba para desbaratar sus planes, los consejeros le exhortaron nuevamente á precaverse contra el peligro; pero él sostuvo que era imposible evitar el puñal del asesino, siempre en acecho, y dispuesto á clavarlo, en el punto y hora que menos se esperase. « Los enemigos de Dios y de la Iglesia, añadió, podran matarme; pero Dios no muere! »

Hácia la tarde, queriendo terminar su Mensage al Congreso, habia dado orden á su ayudante de no recibir absolutamente á nadie; pero un sacerdote, se presenta y pide ver al presidente. Rechazado por el oficial, insiste el clérigo; porque lo que tiene que decir no puede diferirse al dia de mañana. Introducido, al fin, á presencia de Garcia, le habló en estos términos : « Se le ha prevenido á V. que la masoneria ha decretado su muerte; pero no se le ha dicho cuando ha de ser ejecutado el decreto. Vengo á decir á V. que sus dias estan contados, y que los conjurados han resuelto asesinarle en el mas breve plazo posible, mañana tal vez, si encuentran ocasion : en consecuencia, tome V sus medidas. — He recibido muchas advertencias semejantes, respondió el presi-

dente, y despues de reflexionarlo maduramente, he visto que la única medida que tengo que tomar es la de estar pronto á comparecer ante el tribunal de Dios. » Y continuó su trabajo, como si le hubieren anunciado una noticia sin importancia alguna. Se notó, sin embargo, que pasó en oracion gran parte de la noche.

Al dia siguiente, 6 de Agosto, dia de la Transfiguracion del Señor, á cosa de las seis de la mañana, se dirigió como de costumbre á la iglesia de Santo Domingo para oir misa. Era el primer viernes del mes, especialmente dedicado al Sagrado Corazon. Como otros muchos fieles, el presidente se acercó á la sagrada mesa, y recibió la Eucaristia, sin duda como viático para su último viaje; porque despues de tantas advertencias recibidas de todas partes, no podia desconocer que se hallaba en peligro de muerte. Por eso, sin duda, prolongó su accion de gracias hasta cerca de las ocho.

Los conjurados, entre los cuales reconoceremos luego los tertulianos de la embajada peruana, le estaban espiando desde el amanecer. Lo habian seguido de lejos hasta la plaza de Santo Domingo, donde se instalaron durante la misa, unas veces en pequeños grupos, y otras reuniéndose los unos y los otros para comunicarse sus observaciones. Se conjeturó que trataban de darle el asalto al salir de la iglesia; pero que un obstáculo imprevisto, acaso el demasiado concurso de fieles, les impedia efectuar su propósito. El presidente volvió tranquilamente á su casa, pasó algun tiempo en medio de la familia, y luego se retiró á su gabinete, para dar la última mano al Mensaje que aquel mismo dia pensaba comunicar á sus ministros.

Hácia la una, provisto del precioso manuscrito que

debia ser su testamento, salió con su ayudante para el palacio, y en el camino se detuvo en casa de los parientes de su muger, cuya morada estaba contigua á la Plaza Mayor. D. Ignacio de Alcázar que lo queria mucho, le dijo con tristeza : « No debias salir; porque no puedes ignorar que tus enemigos te estan siguendo los pasos. — Suceda lo que Dios quiera, contestó : yo me pongo en sus manos en todo y para todo. » Como el calor era extremado, tomó alli no se que bebida que le hizo transpirar súbitamente y le obligó á abotonarse el gaban, circunstancia insignificante; pero que importa consignar. Algunos instantes despues se le vió dirigirse al palacio del gobierno, seguido siempre de su ayudante Pallarés.

En aquel momento los conjurados estaban reunidos en un café que daba á la plaza, desde donde observaban todos los pasos de su víctima. Desde que lo percibieron, salieron unos tras otros y se ocultaron detrás de las columnas del peristilo, cada uno en el puesto que les habia designado el gefe Polanco, que se colocó al otro lado de la plaza para descartar todos los obstáculos, y estar apercibido á cualquier acontecimiento. Hubo entonces un momento de terrible angustia para los asesinos. Antes de entrar en el palacio, el presidente quizo adorar el Santísimo Sacramento que estaba expuesto en la catedral[1]. Largo tiempo estuvo arrodillado en las baldosas del templo, absorto en el mas profundo recogimiento. Como al acercarse las tinieblas los objetos creados desaparecen y la naturaleza se reposa en profunda calma, Dios en aquel momento supremo, apartando del alma de su siervo toda memoria de los seres criados, le atrajo

[1] La catedral y el palacio forman uno de los ángulos de la Plaza Mayor.

dulcemente al reposo de la union celestial. Rayo, uno de los conjurados, impaciente por el retardo, que podia ser peligroso, hizo decir al presidente por uno de sus cómplices, que se le esperaba para un negocio urgente. Garcia Moreno se levantó al momento, salió de la iglesia, subió las escaleras del peristilo, y habia dado ya siete ú ocho pasos hácia la puerta del palacio, cuando Rayo que le seguia, sacando de debajo de la capa un machete, se lo hundió por la espalda. « ¡Vil asesino! » exclamó el presidente, volviéndose y haciendo inútiles esfuerzos para tomar un revólver del gaban abotonado; pero ya Rayo le habia hecho una ancha herida en la cabeza, mientras que los demás conjurados descargaban sus revolvers contra él. En aquel punto, un jóven que por casualidad se encontraba en la plataforma, quiso detener el brazo de Rayo; pero herido tambien y falto de fuerzas, lo tuvo que soltar. Acribillado de balas, ensangrentada la cabeza, el heróico presidente se dirigia, sin embargo, sin dejar de buscar su arma, hácia el punto de donde partian las balas; cuando Rayo, con un segundo golpe de su cuchillo, le atravesó el brazo izquierdo y le cortó la mano derecha, hasta separársela casi enteramente. Una segunda descarga hizo vacilar á la víctima, que se apoyó contra la balaustrada y cayó en la plaza, de una altura de cuatro á cinco metros. Tendido en el suelo, el cuerpo todo cubierto de sangre y la cabeza apoyada en el brazo, yacía moribundo sin movimiento, cuando Rayo, mas feroz que un tigre, bajó las escaleras del perístilo y se precipitó sobre él para acabarlo. — « Muere, verdugo de la libertad! exclamó surcándole la cabeza con su cuchillo. » Y él héroe cristiano murmuró por última vez : *Dios no muere.*

Esto no obstante, el ruido de los tiros hizo asomar á los curiosos á las ventanas, al mismo tiempo que el pánico se difundia en todos los corazones. Empleados y sirvientes alzaban barricadas en el palacio, creyendo que una banda de asesinos subia para degollarlos. El ayudante Pallarés corre al cuartel á buscar refuerzo mientras que Polanco, Cornejo, Andrade y los demás asesinos huian á todo correr gritando : el tirano ha muerto!

Las mugeres se precipitan fuera de las tiendas dedebajo del perístilo y lanzan gritos de dolor en torno del presidente, tendido en tierra y bañado en su sangre. Se llena la plaza de personas despavoridas, de soldados en busca de los asesinos, de sacerdotes que llegan á toda prisa de la catedral para dar al herido, si todavia respira, los últimos auxilios de la religion. No puede responder á los que le hablan, ni hacer el menor movimiento; pero su mirada demuestra un resto de vida y de inteligencia. Se le trasporta à la catedral, a los pies de la Virgen de los Dolores, y de allí al cuarto del presbítero sacristan, para vendar sus llagas abiertas : cuidados inútiles; porque en sus lábios descoloridos y lívidos se vé que está á punto de espirar. Un sacerdote le pregunta si perdona à sus asesinos, y su mirada espirante responde que perdona á todos. Entonces desciende sobre él el perdon de Dios, por la gracia de la absolucion; se le administra la extremauncion en medio de las lágrimas y sollozos de los circunstantes, y espira un cuarto de hora despues de la espantosa tragedia del palacio.

Durante este cuarto de hora de agonia, una escena no ménos sangrienta llenaba de espanto á la multitud aglomerada en la Plaza Mayor. Despues del asesinato, los conjurados desaparacieron uno tras otro,

excepto Rayo, herido en la pierna por una bala destinada al presidente. Ibase alejando, con mucho trabajo, esperando todavia que estallara una revolucion radical, cuando se vió rodeado de un pueblo furioso y de soldados que le amenazaban con hacerle pedazos. A su arrogancia, sucedió entonces la turbacion y el pavor. A las maldiciones de la muchedumbre, y á los soldados que le echaron mano para llevarlo al cuartel, contestaba con palabras incoherentes : « yo no soy... yo no he hecho nada... ¿que me quereis?... ¡nada... nada!... » A pesar de sus súplicas, las turbas lo empujaban de la Plaza á la calle del cuartel, cuando de repente, un soldado ciego de cólera, gritó al pueblo : « ¿como podemos sufrir á tan cobarde asesino? Apartaos de él! » — La multitud obedeció, y el soldado descargó su fusil sobre el malvado, que herido en la cabeza, quedo muerto. Su cadáver pisoteado, fué arrastrado hasta el cementerio. donde mas tarde su viuda le dió sepultura. Talones contra el banco del Perú encontrados en los bolsillos del asesino, probaron á todos que la venerable y virtuosa masoneria, á semejanza de la sinagoga de los judios, no prescinde de los treinta dineros para los Judas á quienes emplea.

En la noche de aquel infando dia, el decano de la facultad de medícina, Guayrand, reconoció oficialmente el cadáver del presidente, haciendo su autopsia. El mártir habia recibido cinco ó seis tiros y catorce puñaladas, una de las cuales le habia penetrado hasta el cráneo. Se contaron siete ú ocho heridas mortales. En el pecho del presidente se encontró una reliquia de la verdadera Cruz, el escapulario de la Pasion y el del Sagrado Corazon de Jesús : pendia de su cuello un rosario del cual colgaba una medalla, representando de un lado al papa Pio IX, y del otro al

Concilio Vaticano. La efigie de Pio IX estaba tinta en sangre de Garcia Moreno, como para marcar por este dulce simbolismo que el amor de la Iglesia y del Pontificado habian causado la muerte del glorioso mártir. Igualmente se le encontró en el bolsillo una agenda toda llena de sus apuntes diarios. En la última página aquel mismo dia habia escrito con lápiz tres líneas que bastan para pintar el alma de un santo : « ¡Señor mio Jesucristo, dadme amor y humildad, y hacedme conocer lo que hoy debo hacer en vuestro servicio! » En respuesta á tan generosa súplica, Dios reclamó la sangre del héroe cristiano, y ciertamente que este la vertió de todo corazon, como un mes antes escribia á Pio IX, « por aquel que siendo Dios quiso derramar la suya por nosotros en la Cruz. »

Si se pregunta ahora, porque Dios deja que los criminales derramen la sangre de uno de esos hombres expresamente nacidos al parecer, para la regeneracion de su país y el triunfo de la Iglesia, es preciso responder que Dios se goza sobre todo en glorificar á los que siempre han confesado la verdad. Ahora bien, la suprema gloria es sellar con su sangre esa verdad, que se ha defendido con la palabra y con las acciones. El Señor dió esta gloria á su Hijo, se la dió á los mártires, se la dió á Garcia Moreno. En cuanto al mundo, si Dios le priva de sus libertadores, es porque muchas veces el mundo no se muestra digno de ellos¡ Cuantos cristianos han rechazado á Garcia Moreno, vituperado sus principios y armado trabas contra su obra en nombre del liberalismo! ¿No es justo que Dios para castigarlos, los entregue á la tirania liberal? Pero el pueblo tan apasionado de Garcia Moreno, ¿merecia por ventura este castigo? No sin duda. Tranquilícese el pueblo :

lo mismo que la sangre de los mártires fué semilla de cristianos [1], la sangre de Garcia Moreno producirá no solo en el Ecuador, sino en las demàs naciones, defensores del pueblo y de la Iglesia. El hombre muere; pero Dios no muere.

[1] *Sanguis martyrum, semen christianorum.* Tertuliano.

CAPITULO XIV

EL DUELO.

(1875)

Conocida apénas la muerte de Garcia Moreno, toda la ciudad espontáneamente se cubrió de luto. Colgáronse de negro ventanas y balcones, alzábanse banderas fúnebres en los principales edificios, doblaban todas las campanas, y de hora en hora, el estampido ronco y lúgubre del cañon, acrecentàba el tristísimo concierto. Todos los ojos vertian lágrimas : hubiérase dicho que cada familia habia perdido alguno de sus individuos. En vez de estallar en revolucion, como era de temer, la capital cayó en consternacion indecible. El diario oficial interpretó perfectamente el sentimiento público al decir que bajo el peso del dolor, parecia como detenido el movimiento de la vida, mudos los labios y los corazones desfallecidos. Expresaba tambien la seguridad de que no se turbaria el órden público : « Al sacrificar á nuestro gefe, una cuadrilla de facinerosos ha creido inmolar con el mismo golpe la Religion y la Patria; pero el espíritu de Garcia Moreno se queda con nosotros y el mártir, desde lo alto de los cielos, intercederá por su pueblo. »